

SARAH J. MAAS



UNA CORTE DE
LLAMAS
PLATEADAS

CROSS
BOOKS

Sarah J. Maas

UNA CORTE DE LLAMAS PLATEADAS



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *A Court of Silver Flames*

Edición coleccionista publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc.

© Sarah J. Maas, 2021

© del mapa: Virginia Allyn, 2019

Traducción de Julio Sierra

Arte de la sobrecubierta de Shutterstock

Ilustración de sobrecubierta y forro de Gonzalo Mendiverry

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello editorial CROSSBOOKS

© Editorial Planeta, S. A., 2017-2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2021

Primera edición en esta presentación: junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30401-2

Depósito legal: B. 8.245-2025

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

CAPÍTULO

1

Cassian levantó el puño hacia la puerta verde en el pasillo oscuro... pero vaciló.

Había derribado a más enemigos de los que le interesaba contar, la sangre le había llegado hasta las rodillas en innumerables campos de batalla sin por ello dejar de luchar, había tomado decisiones que le costaron la vida a expertos guerreros, había sido general, soldado raso, y asesino, pero de todos modos... ahí estaba, bajando el puño.

Vacilando.

El edificio en la ribera norte del río Sidra necesitaba una nueva capa de pintura. Y suelos nuevos, como sugerían las tablas que crujían debajo de sus botas mientras subía los dos tramos de la escalera. Pero al menos estaba limpio. Decididamente sombrío para los estándares de Velaris, pero como la ciudad carecía de barrios marginales, eso no quería decir mucho. Había visto y se había hospedado en lugares mucho peores.

Lo cierto era que nunca entendió por qué Nesta insistía en vivir ahí. Entendía por qué no quería vivir en la Casa del Viento... estaba demasiado lejos de la ciudad como para llegar volando o transportándose. Lo cual significaba lidiar con los diez mil escalones para subir o bajar. Pero ¿por qué vivir en ese antro, cuando la casa de la ciudad estaba vacía? Desde que se terminó de construir la amplia residencia de Feyre y Rhys sobre el río, la casa de la ciudad quedó abierta para cualquiera de sus amigos que la necesitara o la quisiera. Sabía con certeza que Feyre le había ofrecido a Nesta una habitación allí, pero la había rechazado.

Miró con desagrado la pintura descascarada de la puerta. No se oía ruido alguno a través del considerable espacio que había entre la puerta y el suelo, suficiente como para que hasta la más gorda de las ratas pudiera pasar. No había olores nuevos en el estrecho corredor.

Tal vez tenía suerte y ella había salido; o quizá estaba dormida en el bar de alguna de las sórdidas tabernas que había visitado la noche anterior. Aunque esto sería peor, ya que tendría que ir a buscarla.

Cassian levantó el puño de nuevo, y el color rojo de su Sifón brilló bajo las antiguas luces fae del techo.

«Cobarde. Vamos, un poco de coraje», se dijo.

Cassian llamó una vez. Dos veces.

Silencio.

Cassian casi suspiró en voz alta, aliviado. Gracias a la maldita Madre...

Precisos y rítmicos pasos sonaron en el otro lado de la puerta. Cada uno con más ira que el anterior.

Recogió sus alas y las apretó; acomodó los hombros a la vez que separaba los pies para afirmarse. Una postura tradicional de lucha, inculcada en él durante sus años de entrenamiento, y que ya era solo memoria muscular. No se atrevió a considerar que el sonido de esos pasos hacía que su cuerpo les siguiera el ritmo.

Cuando abrió, el chasquido de cada uno de sus cuatro cerrojos bien podría haber sido el batir de un tambor de guerra.

Cassian repasó la lista de cosas que iba a decir, tal como Feyre le sugirió que las dijera.

La puerta se abrió de un tirón; el pomo giró con tanta fuerza que Cassian se preguntó si ella no estaría imaginando que se trataba del cuello de él.

Nesta Archeron ya tenía el ceño fruncido. Pero ahí estaba.

Tenía un aspecto infernal.

—¿Qué deseas? —Apenas abrió la puerta poco más que el ancho de una mano.

¿Cuándo la había visto por última vez? ¿En la fiesta del fin del verano en aquella barcaza en el Sidra el mes anterior? No tenía un aspecto tan desagradable. Aunque supuso que después de una noche tratando de ahogarse en vino y licor nadie tenía un aspecto particularmente bueno a la mañana siguiente. Especialmente a las...

—Son las siete de la mañana —continuó ella, recorriéndolo de arriba abajo con aquella mirada gris azulada que siempre lo ponía de mal humor.

Llevaba una camisa de macho. Peor aún, *solo* tenía puesta una camisa de macho.

Cassian apoyó una mano en el marco de la puerta y le dirigió una media sonrisa que hacía que ella sacara las garras.

—¿Una noche difícil?

Un año difícil, en realidad. El hermoso rostro de ella estaba pálido, mucho más delgado de lo que era antes de la guerra con Hybern, sus labios, descoloridos, y aquellos ojos..., fríos y penetrantes, como una mañana de invierno en la montaña.

Sin alegría, sin risa, en ningún ángulo del rostro. De toda ella.

Hizo el gesto de querer cerrar la puerta sobre la mano de él.

Él metió una bota en ese espacio antes de que Nesta pudiera romperle los dedos. Las fosas nasales de ella se ensancharon levemente.

—Feyre te quiere en casa.

—¿Cuál de ellas? —quiso saber Nesta, mirando con ceño fruncido el pie que él había encajado en la puerta—. Tiene cinco.

Él se contuvo y no respondió. Aquello no era el campo de batalla... y ella no era su oponente. Su tarea consistía en transportarla hasta el lugar asignado. Y luego rezar para que la hermosa casa a la que Feyre y Rhys acababan de mudarse no quedara reducida a escombros.

—La nueva.

—¿Por qué mi hermana no viene a buscarme ella misma? —Él conocía ese brillo suspicaz en sus ojos, la ligera rigidez de su espalda. Sus propios instintos emergían para enfrentar el desafío, para empujar y empujar y descubrir qué podría suceder.

Desde el solsticio de invierno, solo habían intercambiado un puñado de palabras.

Casi todas ellas en la fiesta a bordo de la barcaza el mes anterior. Y habían consistido en:

«Apártate.»

«Hola, Nes.»

«Apártate.»

«Encantado.»

Después de meses y meses de nada, de apenas verla, eso había sido todo.

Ni siquiera supo por qué había aparecido en la fiesta, sobre todo teniendo en cuenta que ella no ignoraba que iba a estar atrapada con ellos a bordo durante horas. Probablemente Amren merecía el crédito de esa rara aparición, tal vez debido a la poca influencia que la hembra ejercía sobre Nesta. Pero al final de aquella noche, Nesta fue la primera de la fila para bajar del bote, con los brazos cerrados so-

bre sí misma, y Amren permanecía taciturna en el otro extremo, casi temblando de rabia y disgusto.

Nadie había preguntado qué había pasado entre ellas, ni siquiera Feyre. El barco atracó y Nesta prácticamente salió corriendo, y nadie había hablado con ella desde entonces. Hasta este día. Hasta esta conversación, que parecía ser la más larga que habían tenido desde las batallas contra Hybern.

Cassian, por fin, habló.

—Feyre es la alta lady. Está ocupada dirigiendo la Corte Noche.

Nesta movió la cabeza y el cabello marrón dorado se deslizó sobre un hombro huesudo. En cualquier otra persona, ese movimiento habría sido uno de reflexión. En ella, era la advertencia de un depredador que evaluaba a la presa.

—Y mi hermana —dijo ella con esa voz inexpresiva que se negaba a conceder la más mínima señal de emoción— ¿consideró necesaria mi presencia inmediata?

—Sabía que probablemente necesitarías prepararte y quiso darte tiempo. Te espera a las nueve.

Él esperó la explosión mientras ella hacía los cálculos.

Sus ojos se encendieron como fuego.

—¿Tengo el aspecto de necesitar dos horas para ponerme presentable?

Él aceptó la invitación para examinarla: piernas largas y desnudas, un elegante movimiento de caderas, cintura estrecha —lástima, demasiado delgada— y pechos generosos y atractivos que desentonaban con los nuevos ángulos agudos de su cuerpo.

En cualquier otra mujer, esos magníficos pechos podrían haber sido motivo suficiente para que él comenzara a cortejarla en el momento en que la conoció. Pero desde el instante en que conoció a Nesta, el fuego frío en sus ojos había sido una tentación de otro tipo.

Pero dado que ella ya era alta fae, puro dominio y agresión —y una actitud despreciable— la evitaba tanto como le era posible. Especialmente después de lo ocurrido durante y después de la guerra contra Hybern. Ella había dejado muy en claro cuáles eran sus sentimientos hacia él.

Cassian finalmente habló.

—Parece que te vendrían bien unas cuantas buenas comidas, un baño y alguna ropa de verdad.

Nesta miró hacia un lado y se cogió el dobladillo de la camisa.

—Echa a ese pobre desgraciado —añadió Cassian—, date un baño y te traeré un poco de té.

Ella hizo un leve movimiento de cejas.

Él le dirigió una sonrisa torcida.

—¿Crees que no puedo oír a ese macho en tu dormitorio que trata de vestirse en silencio y escabullirse por la ventana?

Como si se tratara de una respuesta, un ruido sordo llegó desde el dormitorio. Nesta siseó.

—Volveré en una hora para ver cómo van las cosas. —Cassian puso la suficiente intención detrás de sus palabras que sus soldados habrían sabido que no debían presionarlo... ellos recordaban que necesitaba siete Sifones para mantener su magia bajo control por una buena razón. Pero Nesta no volaba en sus legiones, no luchaba bajo su mando, y ciertamente no parecía recordar que él tenía más de quinientos años y...

—No te molestes. Estaré allí a tiempo.

Empujó la puerta, y movió levemente las alas mientras retrocedía unos pasos.

—Eso no es lo que me pidieron que hiciera. Voy a llevarte hasta la puerta de su casa.

El rostro de ella se tensó.

—Ve a posarte en una chimenea.

Esbozó una reverencia, sin atreverse a apartar los ojos de ella. Nesta había emergido del Caldero con... dones. Dones considerables, oscuros. Pero nadie había visto ni sentido ninguna señal de ellos desde la última batalla con Hybern, desde que Amren había destrozado el Caldero y Feyre y Rhys habían logrado restaurarlo. Elain tampoco había mostrado indicación alguna de sus habilidades de vidente desde entonces.

Pero si Nesta conservaba su poder y aún era capaz de influir en los campos de batalla... Cassian sabía muy bien que lo mejor era no volverse vulnerable ante otro depredador.

—¿Quieres el té con leche o con limón?

Le cerró la puerta en la cara.

Luego trabajó cada una de las cuatro cerraduras.

Cassian se fue silbando para sí mismo a la vez que se preguntaba si aquel pobre bastardo habría huido por la ventana, más que nada para escapar de ella, mientras caminaba por el pasillo oscuro. Fue a buscar algo para comer.

Ese día necesitaba alimentarse. Sobre todo debía estar listo para cuando Nesta se enterara precisamente de por qué su hermana la había convocado.

* * *

Nesta Archeron no sabía el nombre del macho que estaba en su apartamento. Buscó en su memoria empapada de vino mientras regresaba al dormitorio, esquivando pilas de libros y montones de ropa. Recordaba las ardientes miradas en la taberna, el húmedo y cálido encuentro de sus bocas, el sudor que la cubrió mientras lo montaba hasta que el placer y la bebida la enviaron a la bendita inconsciencia, pero no pudo recordar su nombre.

El macho ya estaba asomado por la ventana, mientras Cassian, sin duda, esperaba abajo, en la calle, para presenciar su espectacular y patética salida, cuando Nesta entró al dormitorio estrecho y oscuro. La cama con postes de bronce estaba desecha, las sábanas, medio desparramadas sobre el suelo de tablas desparejas, y la ventana abierta golpeaba contra la pared colgada de los goznes flojos. El macho se volvió hacia ella.

Era guapo, en la medida en que la mayoría de los varones alto fae lo eran. Un poco más delgado de lo que a ella le gustaban... prácticamente un jovencito comparado con la imponente masa de músculos que acababa de estar en la puerta de sus aposentos. Él hizo una mueca cuando ella entró, su expresión se tornó doliente cuando vio lo que ella llevaba puesto.

—Yo... Esa es...

Nesta se quitó la camisa que dejó tras de sí nada más que piel desnuda. Los ojos de él se abrieron de par en par, pero el olor de su miedo seguía allí, no por miedo a ella, sino al macho al que oyó hablar en la puerta principal. Miedo al recordar quién era la hermana de ella. Quién era la pareja de su hermana. Quiénes eran los amigos de su hermana. Como si todo eso significara algo.

¿A qué olería su miedo si llegaba a enterarse de que lo había usado, de que había dormido con él para frenarse a sí misma; para detener la inquieta oscuridad que hervía dentro de ella desde el momento en que emergió del Caldero? Sexo, música y bebida... todo eso ayudaba. Lo sabía porque lo había aprendido ese último año. Era una ayuda, pero no del todo. Aunque evitaba que el poder se desbordara. Aun cuando todavía podía sentir que fluía a través de su sangre, que se envolvía alrededor de sus huesos.

Le arrojó la blanca camisa.

—Ya puedes usar la puerta principal.

Él se puso la camisa por la cabeza.

—Yo... él todavía está...

Su mirada seguía fija en sus pechos, erguidos contra la fría mañana; su piel desnuda. El ápice de sus muslos.

—Adiós.

Nesta entró en el baño oxidado y con goteras junto a su dormitorio. Al menos el lugar tenía agua corriente caliente.

A veces.

Feyre y Elain habían intentado convencerla de que se mudara. Siempre ignoró sus consejos. Del mismo modo que iba a ignorar lo que se le dijera ese día. Sabía que Feyre planeaba una reprimenda. Quizá algo que ver con el hecho de que Nesta hubiera cargado la escandalosa cuenta de la noche anterior en la taberna a la cuenta bancaria de su hermana.

Nesta resopló y abrió el grifo de la bañera. El metal era helado al tacto y crujió cuando el agua salió en chorros irregulares, que luego cayeron en la bañera agrietada y manchada.

Esta era su residencia. Sin sirvientes, sin ojos que controlaran y juzgaran cada movimiento, sin ninguna compañía, a menos que ella la invitara. O a menos que guerreros fanfarrones y entrometidos decidieran hacerle una visita.

El agua tardó unos cinco minutos en calentarse lo suficiente como para comenzar a llenar la bañera. Hubo algunos días en el último año en los que ella ni siquiera se había molestado en esperar ese tiempo. Algunos días en los que se había metido en el agua helada sin sentir ese frío, sino el de las oscuras profundidades del Caldero cuando era completamente devorada por él. Mientras le arrancaba su humanidad, su mortalidad, y la convertía en esto.

Le había costado meses luchar contra eso... el pánico que le tensaba el cuerpo y hacía que sus huesos temblaran al sumergirse. Pero se había obligado a sí misma a enfrentarlo. Había aprendido a sentarse en el agua helada, con náuseas y temblando, con los dientes apretados; negándose a moverse hasta que su cuerpo reconociera que estaba en una bañera y no en el Caldero, que estaba en su apartamento y no en el castillo de piedra al otro lado del mar, que estaba viva, que era inmortal. Aunque su padre ya no lo estuviera.

No, su padre era cenizas en el viento, su existencia marcada solo por una lápida en una colina a las afueras de esta ciudad. Al menos eso era lo que le habían dicho sus hermanas.

«Te amé desde el primer momento en que te sostuve en mis brazos», le había dicho su padre en aquellos últimos momentos juntos.

«No pongas tus sucias manos sobre mi hija.» Esas habían sido sus últimas palabras, espetadas al rey de Hybern. Su padre había malgastado esas últimas palabras dirigidas a ese rey que era un gusano.

Su padre. El hombre que nunca había luchado por sus hijos, no hasta el final. Cuando había venido a salvarlos, a salvar a los humanos y a los fae, sí, pero sobre todo a sus hijas. A ella.

Un enorme y estúpido desperdicio.

Un impío y oscuro poder la dominó, pero no fue suficiente para evitar que el rey de Hybern le rompiera el cuello a él.

Odiaba a su padre, lo odiaba profundamente y, sin embargo, él la amaba, por alguna razón inexplicable. No lo suficiente como para intentar librarles de la pobreza o evitar que murieran de hambre. Pero de alguna manera había sido suficiente para que levantara un ejército en el continente. Para que navegara en un barco que llevaba el nombre de ella y conducirlo a la batalla.

Todavía odiaba a su padre en esos últimos momentos. Y luego el cuello de él se quebró y sus ojos no estaban llenos de miedo mientras moría, sino llenos de ese tonto amor por ella.

Eso fue lo que quedó: la mirada en sus ojos. El resentimiento en su corazón mientras moría por ella. Se había apoderado de ella, dominándola como un poder que metió profundamente dentro de sí, desenfrenado en su cabeza hasta que no hubo baño helado que pudiera adormecerlo.

Podría haberlo salvado.

Era culpa del rey de Hybern. Lo sabía. Pero también suya. Del mismo modo que era culpa suya que Elain hubiera sido capturada por el Caldero después de que Nesta mirara dentro de él para ver el futuro, era su culpa que Hybern hubiera hecho cosas tan terribles para cazarlas a ella y a su hermana como se caza un ciervo.

Algunos días, el puro terror y el puro pánico trababan el cuerpo de Nesta de manera tan completa que nada podía hacerla respirar. Nada podía impedir que el terrible poder comenzar a crecer, crecer y crecer en ella. Nada aparte de la música en aquellas tabernas, los juegos de cartas con extraños, las incontables botellas de vino, y el sexo que la hacía no sentir nada, salvo ofrecerle un momento de alivio en medio del rugido dentro de ella.

Nesta terminó de lavarse el sudor y otros restos de la última noche. El sexo no había sido malo, había tenido otros mejores, pero también otros mucho peores. Ni siquiera la inmortalidad era suficiente tiempo para que algunos machos dominaran las artes del dormitorio.

De modo que se había enseñado a sí misma lo que le gustaba. Había conseguido un té mensual anticonceptivo de su boticario local, y luego había llevado a aquel primer macho a ese lugar. Él no tenía ni idea de que la virginidad de ella estaba intacta hasta que vio la sangre que manchaba las sábanas. Su rostro se tensó con disgusto. Luego, tuvo un destello de temor a que pudiera informar acerca de una primera relación insatisfactoria a su hermana. A la insufrible pareja de su hermana. Nesta no se había molestado en

decirle que los evitaba a ambos de todas las maneras posibles. Especialmente a él. En esos tiempos, Rhysand parecía contentarse haciendo lo mismo.

Después de la guerra con Hybern, Rhysand le ofreció distintos trabajos. Diferentes cargos en su corte.

Ella no los quería. Eran ofrecimientos condescendientes, débiles intentos para conseguir que formara parte de la vida de Feyre, que tuviera un empleo remunerado. Pero al alto lord nunca le había gustado ella. Sus conversaciones eran, en el mejor de los casos, fríamente civilizadas.

Ella nunca le había dicho que las razones por las que la odiaba eran las mismas razones por las que vivía ahí. Se bañaba con agua fría algunos días. Otros días se olvidaba de comer. No toleraba los crujidos y otros ruidos de la chimenea. Y se ahogaba en vino, música y placer cada noche. Todo lo que Rhysand condenaba en ella era verdad, y ella lo había sabido mucho antes de que él siquiera hubiera proyectado su propia sombra en el umbral de la casa de ella.

Cualquier ofrecimiento que Rhysand le hiciera era hecho únicamente por amor a Feyre. Era mejor que pasara su tiempo como ella quería. Después de todo, ellos seguían pagando por ello.

El golpe a la puerta sacudió todo el apartamento.

Miró a la sala de estar, preguntándose si fingir o no que había salido, pero Cassian podría oírla, olerla. Y si derribaba la puerta, lo cual era probable que hiciera, tendría el problema de explicárselo a su tacaño casero.

De modo que Nesta se puso el vestido que había dejado en el suelo la noche anterior, y luego abrió de nuevo las cuatro cerraduras. Las había instalado el primer día que había llegado. Cerrarlas cada noche era prácticamente un ritual. Incluso cuando el macho sin nombre estaba ahí, incluso cuando estaba perdida por el vino, siempre recordaba cerrarlas todas.

Como si eso mantuviera a raya a los monstruos de este mundo.

Nesta tiró de la puerta para abrirla solo lo suficiente como para ver la sonrisa arrogante de Cassian, y la dejó entreabierta mientras se alejaba furiosa a buscar sus zapatos.

Él entró detrás de ella, con una taza de té en la mano, taza probablemente prestada de la tienda de la esquina. O directamente obsequiada por alguien, ya que la gente tendía a adorar el suelo que pisaban sus botas embarradas. Ya era adorado en esta ciudad antes del conflicto de Hybern. Su heroísmo y sacrificio —las hazañas que había realizado en los campos de batalla— le granjearon aún más admiración después de terminada la guerra.

No culpaba a sus admiradores. Ella misma había experimentado el placer y el puro terror al verlo en aquellos campos de batalla. Todavía se despertaba cubierta de sudor por aquellos recuerdos: cómo se quedaba sin respiración mientras lo veía luchar, rodeado de enemigos; cómo se había sentido cuando el poder del Caldero crecía y supo que iba a atacar donde su ejército era más fuerte: donde estaba él.

No había podido salvar a los mil ilyrios que habían caído un momento después de que ella lo hubiera trasladado a un lugar seguro. Se apartaba de ese recuerdo, también.

Cassian inspeccionó su apartamento y dejó escapar un silbido bajo.

—¿Alguna vez has pensado en contratar a alguien para que limpie?

Nesta recorrió la pequeña sala de estar con la mirada: un hundi-do sofá carmesí, una chimenea de ladrillos manchados de hollín, un sillón floreado comido por las polillas, luego la pequeña cocina antigua, llena de platos sucios apilados en montones inclinados. ¿Dónde había tirado los zapatos la noche anterior? Dirigió la búsqueda a su dormitorio.

—Un poco de aire fresco sería un buen comienzo —agregó Cassian desde la otra habitación. La ventana crujió cuando la abrió.

Encontró sus zapatos marrones en rincones opuestos del dormitorio. Uno apestaba a vino derramado.

Nesta se sentó en el borde del colchón para ponérselos tirando de los cordones. No se molestó en levantar la vista cuando los pasos tranquilos de Cassian se acercaron para detenerse en el umbral.

Olfateó una vez. Ruidosamente.

—Esperaba que al menos cambiaras las sábanas entre un visitante y otro, pero aparentemente eso no te molesta.

Nesta ató los cordones del primer zapato.

—¿Y eso a ti qué te importa?

Se encogió de hombros, aunque la tensión en su rostro no reflejaba tanta indiferencia.

—Si yo puedo oler a algunos machos diferentes aquí, seguramente tus compañeros también pueden.

—Eso no los ha detenido todavía. —Se ató el otro zapato, mientras los ojos castaños de Cassian seguían el movimiento.

—Tu té se está enfriando. —Los dientes de él brillaron.

Nesta lo ignoró y volvió a registrar el dormitorio. Su abrigo...

—Tu abrigo está en el suelo junto a la puerta de la entrada —la informó él—. Y hace frío, así que lleva una bufanda.

También ignoró eso, y pasó junto a él, con cuidado de no tocarlo, y encontró su abrigo azul oscuro exactamente donde había dicho que estaba. Abrió la puerta principal y le indicó que saliera primero.

Cassian le sostuvo la mirada al acercarse a ella y luego estiró el brazo...

Y sacó del gancho de la pared la bufanda de colores azulados y crema que Elain le había regalado para su cumpleaños esa primavera. La cogió con el puño, balanceándola como una serpiente estrangulada mientras pasaba junto a ella.

Algo lo corroía. Por lo general, Cassian aguantaba un poco más antes de ceder a su mal humor. Quizá tenía que ver con algo que Feyre quería decir en la casa.

A Nesta se le revolvió el interior mientras trababa cada cerradura.

No era estúpida. Sabía que había malestar desde que la guerra terminó, tanto en estas tierras como en el continente. Sabía que, sin la barrera del muro, algunos territorios fae estarían empujando los límites para ver si podían salirse con la suya en términos de reclamos fronterizos y también cómo trataban a los humanos. Y sabía que esas cuatro reinas humanas todavía estaban instaladas en su palacio compartido, con sus ejércitos sin usar e intactos.

Eran monstruos, todas ellas. Habían matado a la reina de cabello dorado, que las había traicionado, y vendido a otra, Vassa, a un lord hechicero. Parecía apropiado que la más joven de las cuatro reinas restantes hubiera sido transformada en bruja por el Caldero. Hecha como una longeva fae, sí, pero envejecida hasta convertirse en una envoltura marchita como castigo por el poder que Nesta había tomado del Caldero. Cómo se lo había arrancado mientras el Caldero hacía que su cuerpo mortal tomara la forma de algo nuevo.

Esa reina marchita la culpaba a ella. Había querido matarla, si los cuervos de Hybern habían tenido razón antes de que Bryaxis y Rhysand los destruyeran por infiltrarse en la biblioteca de la Casa del Viento.

No hubo ni un susurro de esa reina en los catorce meses desde la guerra.

Pero si hubiera surgido alguna nueva amenaza...

Las cuatro cerraduras parecieron reírse de ella antes de que Nesta saliera del edificio siguiendo a Cassian rumbo a la bulliciosa ciudad al otro lado.

* * *

La «casa» frente al río era en realidad una mansión, y tan nueva, pulcra y hermosa que Nesta recordó que sus zapatos estaban sucios de vino rancio precisamente mientras atravesaba el altísimo arco de mármol e ingresaba al brillante vestíbulo, decorado con gusto exquisito en tonos marfil y arena.

Una imponente escalera dividía en dos el enorme espacio, una araña de vidrio soplado a mano —hecha por artesanos de Velaris— colgaba del techo tallado sobre ella. Las luces fae de cada orbe en forma de nido arrojaban deslumbrantes reflejos sobre los suelos de pálida madera pulida, interrumpidos solo por helechos en macetas, muebles de madera también hechos en Velaris y un extravagante despliegue de obras de arte. No se molestó en comentar nada de todo aquello. Lujosas alfombras azules interrumpían los prístinos solados, un largo camino cubría los pasillos cavernosos a ambos lados, y uno corría por debajo del arco de la escalera, directamente hacia una pared de ventanas al otro lado, que daban a una pendiente de césped y un reluciente río a sus pies.

Cassian se dirigió a la izquierda, hacia las salas formales para negocios, según le había informado Feyre a Nesta durante aquella primera y única visita hacía dos meses. Nesta estaba medio borracha en aquel momento, y odió cada segundo de la visita, odió cada una de las perfectas salas.

La mayoría de los machos les compraban joyas a sus esposas y parejas como exagerados presentes del solsticio de invierno.

Rhys le había comprado a Feyre un palacio.

No... él le compró el terreno diezmado por la guerra, y luego le dio a su compañera rienda suelta para diseñar la residencia de sus sueños.

«Y de alguna manera —pensó Nesta mientras seguía en silencio a un Cassian extrañamente callado por el pasillo hacia uno de los estudios cuyas puertas estaban entreabiertas—, Feyre y Rhys se las habían arreglado para hacer que el lugar pareciera confortable y acogedor.» Un edificio gigante, pero de todos modos un hogar. Incluso los muebles formales parecían diseñados para sentirse cómodo y relajado, para largas conversaciones con abundante comida. Cada obra de arte había sido elegida por la propia Feyre, o pintada por ella, muchas de las cuales eran retratos y representaciones de ellos... de sus amigos, de su... nueva familia.

No había ninguna imagen de Nesta, por supuesto.

Hasta su padre maldito por los dioses tenía un retrato en la pared a un lado de la gran escalera: él y Elain, sonrientes y felices, como habían sido antes de que el mundo se fuera a la mierda. Sentados en un

banco de piedra entre macizos rebosantes de hortensias rosadas y azules. Los jardines formales de su primer hogar, aquella hermosa mansión cerca del mar. Por ninguna parte se veía a Nesta ni a su madre.

Después de todo, así habían sido las cosas: Elain y Feyre, malcriadas por su padre; Nesta, apreciada y educada por su madre.

Durante aquella primera visita, Nesta notó la ausencia de ella misma. La ausencia de su madre. No dijo nada, por supuesto, pero era una ausencia notoria.

Aquello fue suficiente para que apretara los dientes, para hacerla agarrar la invisible correa interna que mantenía a raya el horrible poder dentro de ella y tirar con fuerza, mientras Cassian entraba al estudio y le decía a quienquiera que los esperara:

—Está aquí.

Nesta respiró hondo y se preparó. Feyre simplemente se rio entre dientes.

—Cinco minutos antes de lo previsto. Estoy impresionada.

—Parece un buen augurio para el juego. Deberíamos ir a casa de Rita —estaba diciendo Cassian justo cuando Nesta entró en la habitación recubierta con paneles de madera.

El estudio daba a un exuberante jardín interior. El espacio era cálido y lujoso, y podría haber admitido que le gustaban las estanterías de libros hasta el techo, los muebles de terciopelo color zafiro ante la chimenea de mármol negro, si no hubiera visto quién estaba sentada en el lugar.

Feyre estaba sentada en el brazo redondo del sofá, vestida con un pesado jersey blanco y mallas oscuras.

Rhys, vestido como siempre de negro, estaba apoyado en la repisa de la chimenea con los brazos cruzados. Ese día sin alas.

Y Amren, vestida con su gris preferido, estaba sentada con las piernas cruzadas en el sillón de cuero junto a la chimenea encendida, y sus inexpresivos ojos plateados miraban a Nesta con disgusto.

Mucho había cambiado entre ella y esa hembra.

Nesta se había encargado de esa... destrucción. No se permitía pensar en aquella discusión en la fiesta del final del verano en la barcaza por el río. O en el silencio entre ella y Amren desde entonces.

Se acabaron las visitas al apartamento de Amren; no más charlas sobre rompecabezas y acertijos. Ciertamente, no más lecciones de magia. Se había asegurado también de esto último.

Feyre, al menos, le sonrió.

—Me enteré de que pasaste una buena noche.

Nesta recorrió con la mirada todo el lugar, desde el sillón que Cassian había ocupado frente a Amren, pasando por el lugar va-

cío en el sofá junto a Feyre, hasta donde estaba Rhys junto a la chimenea.

Mantuvo la espalda erguida, la barbilla en alto, odiando que todos la miraran mientras optaba por sentarse en el sofá junto a su hermana. Odiaba que Rhys y Amren notaran sus zapatos sucios, y probablemente todavía tenía en ella el olor de aquel macho a pesar del baño.

—Tienes un aspecto atroz —observó Amren.

Nesta no era tan estúpida como para mirar directamente a esa... fuera lo que fuese Amren. Ella ya era una alta fae, sí, pero alguna vez había sido algo diferente. No de este mundo. Su lengua seguía siendo suficientemente aguda como para herir.

Al igual que Nesta, Amren no poseía magia específica de la corte relacionada con los altos fae. Pero eso no hacía que su influencia en esa corte fuera menos poderosa. Los poderes de los altos fae propios de Nesta nunca se habían materializado; solo tenía lo que había tomado del Caldero, en lugar de dejar que este se dignara a otorgarle poderes a ella, como había hecho con Elain. No tenía ni idea de lo que le había arrancado al Caldero mientras este le robaba su humanidad, pero sabía que eran cosas que no entendía y nunca desearía entender, ni dominar. La sola idea le revolvía el estómago.

—Aunque apuesto a que es difícil lucir bien —continuó Amren—, cuando estás fuera hasta las horas más oscuras de la noche, bebiendo estúpidamente y haciendo el amor con cualquiera que se te presente.

Feyre volvió la cabeza con la rapidez de un látigo hacia el segundo del alto lord. Rhys se mostraba inclinado a estar de acuerdo con Amren. Cassian mantuvo la boca cerrada. Nesta habló con suavidad.

—No sabía que mis actividades estaban bajo tu jurisdicción.

Cassian soltó un murmullo que sonó como una advertencia. No sabía a cuál de ellos lo dirigió. Ni le importaba.

Los ojos de Amren brillaron, un remanente del poder que una vez había ardido dentro de ella. Eso era todo lo que le quedaba. Nesta sabía que su propio poder podía brillar también de esa manera, pero mientras que el de Amren se había revelado como luz y calor, Nesta sabía que su llama plateada provenía de un lugar más frío y oscuro. Un lugar que era viejo... y a la vez completamente nuevo.

—Lo están —la desafió Amren—, cuando gastas tanto de nuestro oro en vino.

Quizá se había excedido demasiado con la cuenta de la noche anterior.

Nesta miró a Feyre, quien hizo una mueca.

—¿Así que realmente me has hecho venir hasta aquí para regañarme?

Los ojos de Feyre —idénticos a los suyos— se suavizaron un poco.

—No, no te estoy regañando. —Le dirigió una dura mirada a Rhys, todavía gélidamente en silencio junto a la repisa de la chimenea, y luego a Amren, que hervía en su asiento—. Piensa que se trata de un intercambio de opiniones.

Nesta se puso de pie de un salto.

—Mi vida no es de tu incumbencia, ni es tema de debate.

—Siéntate —gruñó Rhys.

Esa voz era una cruda orden, una voz de dominio y poder absoluto...

Nesta se quedó helada, luchando contra eso, odiando esa parte de ella que se inclinaba ante esas cosas. Cassian se inclinó hacia delante en su sillón, como si fuera a saltar entre ellos. Podría haber jurado que algo parecido al dolor se había marcado en la cara de él.

Nesta le sostuvo la mirada a Rhysand. Puso en ella todo el desafío que pudo, aun cuando la orden de él hizo que sus rodillas quisieran doblarse, sentarse.

—Te vas a quedar —dijo Rhys—. Y vas a escuchar.

Ella soltó una risa por lo bajo.

—No eres mi alto lord. No me das órdenes. —Pero ella sabía lo poderoso que era él. Lo había visto, lo había sentido. Todavía temblaba cuando estaba cerca de él.

Rhys olió ese miedo. Un lado de su boca se curvó en una cruel sonrisa.

—¿Quieres un enfrentamiento, Nesta Archeron? —Él, el alto lord de la Corte Noche señaló el césped en pendiente al otro lado de las ventanas—. Tenemos mucho espacio para una pelea.

Nesta enseñó los dientes, rugiéndole en silencio a su cuerpo para que obedeciera las órdenes de ella. Prefería morir antes que inclinarse ante él. Ante cualquiera de ellos.

La sonrisa de Rhys se agrandó, muy consciente de ese hecho.

—Ya basta —espetó Feyre a Rhys—. Te dije que te mantuvieras fuera de este asunto.

Él dirigió sus ojos salpicados de estrellas a su pareja, y fue todo lo que Nesta pudo hacer para evitar derrumbarse en el sofá cuando sus rodillas finalmente cedieron. Feyre inclinó la cabeza. Tenía las fosas nasales dilatadas cuando le habló a Rhysand.

—Puedes irte o puedes quedarte y mantener la boca cerrada.

Rhys volvió a cruzarse de brazos, y no dijo nada.

—Tú también —le espetó Feyre a Amren. La hembra carraspeó y se acurrucó en su sillón.

Nesta no se molestó en mostrarse agradable cuando Feyre se volvió para quedar cara a cara frente a ella y sentarse de manera apropiada en el sofá. Los cojines de terciopelo suspiraron debajo de ella. Su hermana tragó saliva.

—Tenemos que hacer algunos cambios, Nesta —comenzó Feyre con voz ronca—. Tú los haces... y nosotras los hacemos.

¿Dónde diablos estaba Elain?

—Yo asumiré la culpa —continuó Feyre—, por permitir que las cosas llegaran tan lejos y tan mal. Después de la guerra contra Hybern, con todo lo que estaba ocurriendo, eso... tú... debería haber estado ahí para ayudarte, pero no estuve, y estoy dispuesta a admitir que es parcialmente culpa mía.

—¿Qué es tu culpa? —susurró Nesta hablando entre dientes.

—Tú —intervino Cassian—. Tu comportamiento estúpido.

Él ya había dicho eso en el solsticio de invierno. Y tal como había ocurrido entonces, la espalda de ella se bloqueó ante el insulto, ante esa arrogancia...

—Mira —continuó Cassian, levantando las manos—, no es una falta moral, pero...

—Entiendo cómo te sientes —interrumpió Feyre.

—No sabes nada de cómo me siento.

Feyre siguió adelante.

—Es hora de algunos cambios. Comenzando ahora.

—Mantén tus tonterías justicieras y fariseas fuera de mi vida.

—No tienes una vida —replicó Feyre—. Y no me voy a quedar sentada un momento más para ver cómo te destruyes a ti misma. —Puso una mano tatuada en el corazón, como indicando que eso significaba algo—. Decidí después de la guerra darte tiempo, pero parece que estaba equivocada. Me equivoqué.

—¿Cómo? —La palabra fue una daga lanzada entre ellas.

Rhys se tensó ante la burla, pero siguió sin decir nada.

—Eso se terminó —suspiró Feyre, con voz temblorosa—. Ese comportamiento, ese apartamento, todo... tú has terminado, Nesta.

—¿Y dónde —replicó Nesta, con un tono afortunadamente helado— se supone que voy a ir?

Feyre miró a Cassian.

Por una vez, Cassian no estaba sonriendo.

—Vienes conmigo —dijo él—. A entrenar.